

la atención de las naciones que le rodean; la Francia del siglo de Luis XV había heredado el lustre de las brillantes victorias del siglo de Luis XIV, y vistiéndose con todo su esplendor se coronaba con todos sus laureles. El espíritu de sociedad y de cultura parece que se había reposado en su seno para siempre, y toda la Europa fijaba su atención sobre este pueblo que el genio de las artes coronaba y el genio de la guerra conducía.

Tales son las circunstancias que, reunidas todas en un siglo, debieron elevarle sobre todos los que le precedieron. Si ellas hubieran existido solas, el espíritu humano hubiera marchado con un paso de gigante en la carrera de su perfección; pero circunstancias fatales le detuvieron en su marcha, y oponiendo su poderosa influencia al impulso de las que le favorecían, le hicieron, en vez del primero entre los siglos de las luces, el primero entre los siglos de las revoluciones.

El espíritu filosófico es por su naturaleza independiente; cuando la razón no es la sola que preside en materias de razón, ella es nula en sus progresos ¹. Los filósofos de Francia, reuniéndose entre sí, perdieron las cualidades que los distinguían unos de otros, y sólo conservaron aquéllas en que sus distintos caracteres se tocaban; desde este momento la razón de cada uno de ellos estuvo sujeta á la razón de todos, y en vez del espíritu de individuo se formó un espíritu de cuerpo que, ocupando el lugar de la razón, empezó entonces á presidir en sus juicios. Sus reuniones se formaron en el seno de las sociedades más brillantes de París, y adoptando su gusto y sus maneras, el espíritu de cuerpo, que era el solo que conservaban, se perdió en el espíritu de sociedad, que fué siempre funesto para la razón y la Filosofía. Entonces todos sus escritos presentaron la asociación monstruosa de la puerilidad del gran mundo y de la grandeza de sus autores, los cuales dejaron muy pronto de tenerla en medio de la atmósfera de superficialidad que los cercaba. Uno solo, lanzándose del seno de los hombres al centro de su corazón, y del torbellino de las sociedades al

¹ Re sabios de racionalismo.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

silencio de la naturaleza, supo trazarse el camino de la originalidad, atacando de frente las opiniones de su siglo; el filósofo de Ginebra, con menos erudición y quizá menos talento que casi todos los filósofos franceses, pudo elevarse á su nivel inspirado por el genio de la soledad y de la melancolía ¹. La Francia, asombrada de ver á un hombre que, sin respeto á la opinión, pensaba por sí mismo, se prosternó como ante un Dios ante los pies del filósofo extranjero; la posteridad, más justa porque es más sabia, solo le ha concedido el título del más terrible, como el más seductor y elocuente de todos los sofistas. Tal es ese siglo brillante en el cual se hallaron reunidos todos los errores y todas las verdades, todos los crímenes y todas las virtudes. Vosotros habéis visto las circunstancias que le favorecían para ser el siglo de la ilustración, y las que con su poderoso influjo opusieron un dique á su carrera. Considerad ahora al siglo XIX. El se levanta con toda la fuerza de la juventud, y con la gravedad que le imprimen los siglos que le coronan marcha con un paso asegurado en la carrera de la ilustración, con todo el saber de las edades pasadas, y con toda la experiencia de las edades presentes.

En medio de tal siglo se levanta este establecimiento literario, que no debe perecer. ¡Cuán firmes son las columnas que le sostienen! ¡Cuán grandes los destinos que le esperan! Todas las universidades establecidas entre nosotros lo fueron en los siglos casi bárbaros, ó en los de oscilación y de disputa. Este Colegio nace en el siglo que debe serlo de las luces, y en el que se hallan bastante discutidas todas las opiniones que dividieron á los filósofos y que abrazaron las escuelas. Nuestras universidades sólo aprendieron en el seno de la disputa á ergotizar: este Colegio puede aprender, en el siglo de la observación y la experiencia, á juzgar y decidir: si aquéllas mueren abrumadas de preocupaciones y oprimidas de recuerdos, éste nace vestido de luz y coronado de esperanzas. Considerad, se-

¹ De la locura hubiera dicho mejor, que loco é insensato era Rousseau.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

ñores, los progresos del espíritu humano en la época presente. Byron hace resonar á la musa de Inglaterra con los grandes acentos de su sublime melancolía, y la hace gemir con los profundos gemidos del infortunio y del dolor. Todo es vago en sus producciones: el velo misterioso que las cubre hace que, replegándonos sobre nosotros, contemplemos el misterio de nuestro *yo moral*; el fatalismo de las pasiones que arrastran á sus personajes con una mano de hierro por los escollos de la vida, nos prepara á que contemplemos silenciosos cómo se huyen los límites del tiempo y cómo se abre el abismo de la eternidad. Todo en él nos recuerda nuestra nada: todo es terrible y misterioso como el hombre: todo está velado con el velo de la naturaleza, y sellado con el sello de la contemplación. Ha pintado las pasiones que nos desgarran con su lucha, y ha enseñado á los poetas modernos cuál debe ser el objeto de sus cantos ¹.

Walter Scott ha descrito en sus novelas el carácter de la Escocia y las costumbres de sus padres. El es el que mejor ha probado que la aridez de los hechos debe revestirse con el encanto de las invenciones, y que la amable sonrisa de la fábula puede hacer interesante la verdad. Ninguno ha distinguido como él, por gradaciones tan insensibles, los caracteres de sus personajes, ellos tienen el carácter general de su patria modificado por el particular de su siglo, que lo está también por el de su profesión; ninguno como él ha sabido confundir en un solo punto las creaciones de su fantasía y la verdad en la marcha de los acontecimientos, la idealidad de las situaciones, y la realidad de las costumbres y de los caracteres.

La Francia, que en los siglos anteriores se ha negado á seguir la marcha de la Europa en la carrera de la ilustración, empieza ya ha distinguir el carácter de sus costumbres y el imperio de sus necesidades. La baronesa de Staël, superior á su siglo y su sexo, ha sido la primera que ha sacudido el yugo de

¹ Debiera de haber dicho: "cuál *no* debe ser el objeto de sus cantos...". — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

las preocupaciones ¹. Inspirada por el genio de la Alemania, ha sido el órgano de sus sublimes acentos, y ha juzgado desde su elevación el canto solemne de la musa solitaria del Rhin, y el canto risueño de la musa brillante del Cefiso. No bastando á la inmensidad de su genio el mundo literario, se lanzó en el caos tenebroso de la Metafísica y de las abstracciones; y la misma que supo apreciar en su justo valor el sistema poético de Schiller, supo apreciar también el sistema metafísico de Kant. La Francia escuchó enmudecida su sentencia, y aprendió de su boca sus destinos.

Pero ¿para qué recordar los grandes escritores de las naciones extranjeras? ¿Acaso no abrigo España en su seno ninguno con cuyo nombre pueda gloriarse? ¿Ninguno que se haya trazado un camino en los campos de la originalidad? Sí; español, yo me gozo en decirlo ante españoles: el que ha sabido llenar nuestra escena con los grandes acentos de Pelayo y los gemidos de Hormesinda, no morirá jamás entre nosotros si no mueren la admiración por los talentos y el amor de las virtudes. Y tú, Quintana, si llegan hasta tí las razones que se despiden de mis labios, perdona la osadía de un joven que, sin títulos como sin gloria, se atreve á tributar el homenaje debido á la grandeza de tu genio inspirado por la grandeza de tu corazón ². El drama heroico es obra tuya: las vidas de los varones que ilustraron nuestra patria, obra tuya también: tú sólo eres digno de pintar las acciones que los inmortalizan, porque tú sólo eres digno de sentir su grandeza y su sublimidad.

Todo, señores, respira el aura de la felicidad en derredor de este Colegio: los siglos que pa-aron, reclinan sobre él su frente para enriquecerle con sus tesoros: el siglo en que nace, le señala con el dedo la carrera de la perfección: los grandes escritores que le rodean le ofrecen sus páginas, que la mano del tiempo no borraré jamás. Aun la naturaleza, que esquivó

¹ No se olvide que era protestante. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Excusado es decir que la sana crítica no ha podido aceptar, ni realmente ha aceptado, el juicio de Donoso en honor de Quintana. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

siempre las miradas de los hombres, cediendo á la fuerza irresistible del destino ha abierto ya su seno entre sus manos; y las ciencias naturales, casi desconocidas en los siglos anteriores, brillan en éste con todo su esplendor.

¿Y á quién debéis, extremeños, la felicidad que se prepara á vuestros hijos? Vuestro dedo señala á este nobilísimo ayuntamiento, y á este superior y dignísimo tribunal como á vuestros protectores. Ellos, no considerando bastante agobiadas todavía sus venerables frentes con la inmensidad de su cargo y con el ejercicio severo de sus funciones, elevan hasta el trono sus ardientes súplicas, que llegan hasta el corazón paternal de nuestro augusto Soberano. ¡Monarca grande y generoso! Tú ofste sus plegarias; y lanzándose de tu boca el sí que estaba grabado en lo hondo de tu pecho, se lanzaron con él mil torrentes de felicidad y de ventura.

¿Y sobre qué provincia se lanzaron? Considerad conmigo, señores, el espectáculo grandioso de una provincia que, hija salvaje de la naturaleza, sale de su seno coronada de virtudes, para entrar coronada de pompa y de laureles en el seno de la ilustración. Ella reúne á la firmeza y gravedad de los pueblos del Norte la imaginación brillante y lujosa de los pueblos del Mediodía: ella no está ilustrada, pero ni envilecida en sus costumbres; y si el saber está lejos de la ignorancia, está más lejos todavía de la prostitución. Sí: la provincia magnánima y heroica que extendió su nombre y el imperio de sus reyes desde las feraces márgenes del Betis hasta los lugares en que mece su cuna el Orinoco, haciendo lucir el brillo funesto de sus armas en la frente del esclavo americano, volará también en alas de su genio al templo de la gloria y arrancará las palmas que le cercan. Las manos que blandieron la espada centellante de Cortés, podrán también rodar sobre la lira de Meléndez.

¡Extremeños! Yo no ceso de admiraros: la grandeza está pintada en vuestras frentes, y en vuestras facciones se dibuja la heroicidad de vuestros padres. Ya no tenéis que mendigar de la piedad extranjera la llama que debe encender vuestro

talento: ya los hijos afortunados del Tormes y del Betis no mirarán con una mirada desdeñosa á los hijos incultos del Guadiana; ellos verán que el genio brilla también en sus llanuras, y se ostenta más grande en sus arenas. Postraos, y bañando vuestras mejillas con lágrimas de gratitud, pedid al cielo por la vida de vuestro generoso Monarca, y sed felices en el seno de la ilustración que con mano pródiga os dispensa; él tiene grabada en lo hondo de su pecho esta máxima, digna de Tito y de Trajano: "La felicidad de los pueblos es el florón más digno de la corona de los reyes."
